

843
H.

PA 2276

.H7

G78

v.2

ES PROPIEDAD.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LAS GRANDES DAMAS.

LIBRO II. LA SEÑORA VENUS.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

I. EL RAMILLETE DE ROSAS.

Ya recordareis, señora, las aventuras de Octavio de Parisis á través del hermoso mundo parisiense.

Quisiera improvisaros un curso de moral en acción; mas con semejante héroe es muy difícil alcanzar el éxito. Esto sin embargo, como no hay noche que no traiga el día, tampoco hay pecado que no haga amar la virtud.

Quando cerramos la última página del primer volumen de esta amorosa Iliada, la señorita Genoveva de la Chastaigneraye, acababa de caer herida como de un rayo, por haber aspirado un ramillete de rosas. Ella, que no había querido volver al castillo en un

palanquin, fué llevada á él en brazos de Octavio. Se produjo una revolucion en torno suyo: el cura y el médico corrieron á un mismo tiempo: el uno para salvar su alma, el otro para salvar su cuerpo.

El cura nada tenia que hacer con sus bendiciones, puesto que Genoveva era una de esas piadosas criaturas que cruzan el mundo como una imágen de Dios vivo, ejemplo de todas las bellezas y de todas las virtudes.

Podia el médico salvar su cuerpo.

El duque de Parisis le dijo que no le cabia duda de que la jóven habia aspirado en un ramillete, el sutil veneno de los Médicis, cuyo secreto ha sido transmitido á algunas grandes familias. El médico hubo de mover con aire de duda su cabeza; pero como Octavio insistiera, exclamó:

—Esperad. Recuerdo que Richelieu y Mazarino poseian el contra veneno; pero yo creo que la señorita de la Chastaigneraye se encuentra solo desmayada.

La jóven permanecia tendida sobre un sillón grande y en frente de una ventana abierta. El aire vivo azotaba su frente y agitaba sus cabellos. El médico permanecia en la puerta del castillo y luego se dirigió á su casa, despues de recomendar á Octavio que llevara siempre á los lábios de Genoveva un pomito de sales.

Cuando se halló de vuelta; la jóven habia entreabierto sus ojos. Octavio arrodillado frente á su sillón,

la sostenia en sus brazos. Constituida en voluntad, su alma habia hecho el milagro del contraveneno? Indudablemente no. Genoveva volvió á cerrar sus ojos y pareció que caia mas profundamente en el sueño de la muerte.

Seria muy difícil pintar la desesperacion de Octavio; miraba la señorita de la Chastaigneraye y miraba el médico con ojos llorosos y suplicantes.

—Doctor! doctor! traeis la vida?

—Ha hablado? preguntó el médico.

—No: entreabrió los ojos y los cerró en seguida.

—Me miró, dijo sollozando la señorita de Monce-nac; estoy segura de que me miró para decirme adios.

El médico se inclinó sobre la señorita de la Chastaigneraye, y vertió en sus labios una composicion en que dominaba el cloro, el café y el té.

—Es sencillamente el contra-veneno de los orientales, dijo el médico.

Y al mismo tiempo bañaba las sienas con un licor blanco que exhalaba un fuerte olor marino.

—La naturaleza dá los venenos, y la naturaleza dá los antidotos. He ensayado esta agua en una muger que acababa de morir, su accion fué tal, que movió la cabeza.

Mientras el médico pronunciaba estas frases, Genoveva abria sus ojos y estendia los brazos como para respirar mejor. La vida habia vuelto.

—No comprendo nada, murmuró.

Habia transcurrido una hora, y la jóven creia es-

tar aun en el camino de la iglesia; no tenia conciencia alguna de su desmayo. Se sintió impresionada al ver á Octavio á sus piés, en la actitud del amor y del dolor; la emocion le habia trastornado; estaba pálido, extraordinariamente conmovido é ignoraba aun si se triunfaria del veneno, puesto que para él no habia duda de que este veneno existia en el ramillete de rosas.

El jóven recordaba que una niña rubia y sonriente, la mas jóven de todas las aldeanas, era quien habia ofrecido el ramillete á Genoveva.

Pero no era esta niña la que habia cogido las rosas y dió orden para que se la buscase.

—Qué ha ocurrido? preguntó Genoveva.

—Aspirasteis el ramillete que está allí, palidecisteis y os habeis hallado indispueta.

—Muy indispueta, sin duda, puesto que aun siento que me muero.

—Veamos, veamos, dijo el médico: es preciso vivir y es necesario querer vivir; procurad andar.

—No es posible, murmuró Genoveva casi muerta.

Octavio, á semejanza del médico, habia comprendido que aquella inmovilidad era fatal. De buena ó de mala gana fué preciso que Genoveva tratase de mantenerse en pié, apoyada en el médico y Octavio, con las lágrimas de la señorita Moncenac por espectáculo.

Se habia traído á la niña del ramillete.

—Hija mia, quién te dió este ramo?

—Es del castillo.

—Quién lo ha cogido?

—Todo el mundo.

En vano se hicieron otras preguntas á la niña; No respondió otra cosa. Octavio se prometió hacer un interrogatorio en forma; pero no habia de poner la niña en el tormento.

El recuerdo de violeta, á la cual creía haber entrevisto en los alrededores del castillo, hubo de acudir á su memoria.—Oh! Dios mio! dijo de pronto.

Pero enseguida añadió:—No, no es ella.

Entre tanto la señorita de la Chastaigneraye empezaba á andar por sí sola; á no dudarlo, tenia un gusto en apoyarse en Octavio; mas su pudor se habia despertado ántes que sus fuerzas; dejó el brazo de su primo y fué á apoyarse en la ventana.

—Que cielo tan hermoso! exclamó, bien como si quisiese dar gracias á Dios por su alivio.

—Sí, dijo el médico, es muy posible que el cielo esté puro y que sin embargo, haya envenenadores en la tierra. Os escapasteis de buena. Habia, á no dudarlo en el ramillete, polvos de ópío, de ácido prúsico, de digital purpúrea, de nuez vómica y de cicuta que yo he combatido por mi antídoto.

El médico no queria que nadie pensase que aquello podia haber sido un desmayo.

—Sí, dijo Genoveva, se trató de hacerme morir entre rosas. Me consta quien me ha dado el ramillete; pero obraré como la niña diciendo que pertenecia á todo el mundo.

II.

EL VENENO DE LOS MÉDICIS.

Entre tanto habia desaparecido el ramillete.

—Donde están esas rosas? interrogó de pronto Genoveva.

—Lo ignoro, respondió Octavio; dije que se trajese el ramillete aquí y no le veo.

Entonces se oyó un gran tumulto en el pátio; dábanse voces de socorro y se oían sollozos.

—Que ocurre? preguntó la señorita de la Chastaigneraye.

El médico habia bajado la escalera para dirigirse á su casa, y volvió á subirla.

—He aquí otra desgracia, dijo, pálido, conmovido y agitando el ramillete de rosas.

El médico se echó sobre un sillón.

—Hablad! hablad!

—Cuando bajaba para irme, se me ha dicho: «Corred pronto; he aquí Rosa Dumont que se encuentra mal.» Se encontraba tan mal, que habia muerto.

—Es imposible!

—Será imposible, pero ha sucedido. Y lo que os estrañará mas, es que ha sido muerta por el ya célebre ramillete. Ya veis, pues, que las rosas están envenenadas. De buena os escapasteis, señorita. Figuraos que la Dumont, que debe ser una tonta, se echó á reir cuando se la dijo que vos habiais sido envenenada con rosas. Ella misma habia traído el ramillete. «Con rosas tan hermosas!» exclamó. Y aspiró con todas sus fuerzas el ramillete, bien, como si respirase algun cesto de fresas. Esto produjo su efecto, y cuando yo bajaba, se hallaba ya tendida sobre las baldosas. He tenido que hacer mucho con ella. Su sangre era muy viva y el antídoto no ha obrado; he querido sangrarla y era ya tarde.

—Esto es horrible, exclamó Genoveva.

El médico hablaba sosteniendo en su mano el ramillete. Octavio lo cogió, arrancó el papel en que se hallaba envuelto, y desató el lazo rojo de Violeta, sin que dudara de que este lazo pertenecía á su amante. Viendo que cogia las rosas una por una, Genoveva le dijo:

—Tambien quereis olerlas?

—No, pero busco.

—Creeis que hallareis la carta de aquel ó de aquella que nos ha enviado estas rosas?

—Esto no obstante es necesario averiguar de donde vienen.

—Ya se sabrá, dijo el médico.

—Oh! para la medicina este es un hecho curioso.

—Chist! replicó Genoveva, guardaos mucho de hablar de él.

—Como! señorita, he de guardar silencio sobre un crimen tan abominable?

—Si, guardareis silencio, pues sentiria mucho que alguien se ocupase de mi, fuera de los muros del castillo.

—Pero señorita...

—Mi querido doctor, me salvasteis la vida, no es cierto?

—Sí, os salvé la vida.

—Pues bien, acabad vuestra obra; no olvideis que me moriré de dolor, si esto dá pié á una causa criminal.

El médico estrechó la mano de Genoveva, y pareció prometerla, sin decírselo, que no hablaría de aquel envenenamiento.

Octavio habia tirado las rosas. El médico cogió algunas, diciendo:

—Me permitireis, por amor al estudio, llevarme el ramillete? Esto pagará mi visita.

El medico cogió las rosas que pudo, y se las llevó sin olvidar el lazo encarnado.

—Y bien, dijo la señorita de la Chastaigneraye al señor de Parisis, cuando estuvieron solos; que pensais de todo esto?

—Pienso, mi querida prima, que no hay que pensar nada.

III.

EL ADIOS DE VIOLETA.

Violeta era quien habia enviado aquel ramillete de rosas.

La jóven no se habia consolado con el grande de España de las veleidades de Octavio. Habia tratado de comprimir su corazon; pero su primer amor, hablaba en él muy alto. Por un instante, cuando se lanzó en la carrera de las aventuras, la jóven creyó que olvidaria á Parisis: mas su fatal imágen se habia hecho mas despótica que nunca y se habia impuesto con una fascinacion increíble. La jóven queria ser una muger fuerte, pero cuando usaba de las máscaras que ocultan el corazon, la pobre Violeta se volvía á despertar mas dulce y mucho mas tierna. Asi, pues, daba lástima el verla representar la comedia de las aventureras.

No bien Octavio hubo partido, cuando quiso vengarse en Dieppe. Ya que se habia vuelto á unir con ella, debia suponer que le amaba. La jóven debia resignarse á sus caprichos. Creia que volviendo á reco-

brar la dulzura de los primeros días, volvería á reconquistar su amante.

El día en que partió Parisís, Violeta le siguió. Uno de los criados de Octavio que quería bien á Violeta y que creía que su señor se fastidiaba mucho en Parisís, la aconsejó que fuese á encontrarle en el castillo donde sin duda alguna, sería bien recibida. Nada es imposible para una muger enamorada y Violeta se dirigió á Parisís, el mismo día en que Octavio leía en Champauvert los testamentos.

La Borgoña era el país de donde había nacido la madre de Violeta; pero esta no la había visitado desde su nacimiento.

En más de una ocasión había dicho á Octavio: «Somos de un mismo país,» bien como si esto la acercase el mancebo.

El azar que siempre hace bien las cosas, la puso frente á frente de la señora Portien en una mesa de la fonda del León de Oro. La señora Portien, comía allí porque no había querido comer con Genoveva de la Chastaigneraye y Octavio de Parisís.

Aunque la señora Portien no tuviese un rostro simpático, se distinguía por no sé que clase de aire aristocrático, que hubo de seducir á Violeta. Ya se verá muy luego, como estas dos mugeres debían encontrarse fatalmente.

La señora Portien se sentía aun furiosa por la lectura del último testamento, y, absorta en sí misma, apenas hubo de notar á Violeta.

Esta había tenido la buena ocurrencia de vestir un sencillito traje de viage, como todas las mugeres que van á tomar las aguas, de modo que nadie podía imaginarse que aquella mujer fuese una aventurera.

Ya se sabe que Violeta se distinguía por cierta belleza poética, que hubiera servido en todas partes de carta de recomendación, hasta en el gran mundo si hubiese tenido la precaución de embadurnar su semblante con polvos de arroz.

Como en el comedor de la fonda, no había en aquel día más que hombres, la joven se atrevió á dirigir la palabra á la señora Portien.

—Señora, la dijo, está muy lejos de Tonnerre el castillo de Parisís?

La señora Portien levantó su cabeza, y miró con curiosidad á Violeta.

—Vais á Parisís, señorita?

—Tal vez...

Violeta se ruborizó como se ruborizaba en otro tiempo.

—Y bien, señora, no encontrareis al señor de Parisís.

La señora de Porthien dijo las frases de *señorita* y *señora*, con el acento que hubiese podido emplear un juez de primera instancia.

—Es que há vuelto ya á Paris? interrogó Violeta.

—No, señorita; pero está á punto de casarse en el castillo de Champauvert.

Esta vez palideció Violeta.

—Ah! dijo sencillamente, lo ignoraba.

La señora Portien comprendió que había herido á Violeta.

Sintió por ello alegría. Parecióle agradable el hacer sufrir al prójimo, á lo cual era extraordinariamente aficionada. Aun cuando se sintiese dichosa, todo el mundo era desgraciado en torno suyo.

De todos los Parisís, la señora Portien era la única indigna de llevar este hermoso nombre. Su madre, hermana del duque Raoul de Parisís, se había casado con el conde de Pernand y no había tenido sino una hija. Así es, que Euduvigis había pronto dominado la casa con los violentos caprichos de una naturaleza rebelde.

Su comenzamiento era pésimo.

A los diez y seis años fué á Paris con su doncella para dar á luz un hijo anónimo, que no quiso ver, no por horror á su falta, sino por la carencia de entrañas.

A los diez y siete años, huyó del castillo natal con un aventurero que había dirigido un teatro en Lyon y que había ido á Parisís con objeto de visitar á un tío cura, del cual esperaba algun dinero. No contaremos la vulgar historia de este robo, que se llevó á cabo, para satisfacer una brutal pasión, en que el amor no tomó parte. Pasado algun tiempo el cura lo arregló todo. Prefirióse el deshonor de un mal enlace, antes que el deshonor de una aventura.

Así se esperaba salvarlo todo; mas no se hizo otra

cosa que perderlo. Teodoro Portien comenzó por empeñar el dote aun antes de casarse, siguió derrochando hasta el día en que su esposa se rebeló contra él para defender sus bienes. Había nacido avara: niña aun, vendía sus muñecas para alcanzar dinero; doncella, robaba las apuestas del juego, ó, mejor dicho, robaba á los pobres: cuando su abuela, la duquesa de Parisís que era también la abuela de Octavio, quería que una limosna llegara á su destino, se guardaba mucho de hacerla pasar por aquellas manos ya manchadas. Cuando Teodoro Portien encontró una esposa rebelde que defendía sus arcas se imaginó que estaba en el teatro y habló melodramáticamente; la amenazó con hacerse declarar en quiebra; pero las arcas no se abrieron. La mostró un puñal, pero la muger se encontraba á la altura del esposo: cogió el puñal, lo dirigió contra él, y hubo una lucha tremenda que resonó hasta en los periódicos de aquel tiempo. Se separaron y volvieron á unirse: hay amores que no viven sinó entre las injurias de la vergüenza y del crimen; existen las voluptuosidades de la desesperación. Volvieron á separarse, y entonces el tribunal lo arregló todo. Cuando los bienes estuvieron en salvo, aquella muger horrible vendió aun su cuerpo. Teodoro Portien representó el papel de aquel marqués de la corte de Luis XV, que no veía su muger, sino mediante cien pistolas, y que no alcanzaba nada si la cena no era buena.

Mas la verdadera pasión de la Portien era el oro.

Compraba los favores de su esposo y hubiese vendido los suyos si se hubiese encontrado en otra escena; pero vivía olvidada en una pequeña hacienda que le quedaba de su dote, á algunas leguas de Parisis, ambicionando su parte de herencia en la fortuna de la señorita Regina de Parisis, prometiéndose que le tocaría un millon con el cual podría vivir en la capital de Francia. Su tia Regina no contaba sino algunos años mas que ella; pero su palidez enfermiza indicaba que no tardaría mucho en morir.

Hé aquí, pues, quien era la señora de Portien cuando murió la señorita Regina de Parisis.

A la hora de su muerte fué á instalarse en el castillo, bien como si tratase de velar por la parte de su herencia.

Quizá no se han olvidado aun las dos frases que Genoveva dirigió á Octavio durante la lectura de los testamentos:—Lo creeríais? esta noche..... pero no quiero decir nada.

Pues bien: qué había ocurrido en aquella noche? Mientras todo el mundo dormía en el castillo, en aquella noche de reposo, despues de tantas noches de ansiedad y de fatiga, la señora de Portien, atormentada por el rumor de los testamentos, había entrado á paso de lobo en la cámara de la difunta; y allí en el horrible silencio de los malos pensamientos y de las malas acciones—había forzado un pequeño secreter de palo de rosa dondó su tia escribía y ocultaba sus secretos. Qué encontró en él? Borradores de cartas y

borradores de testamentos. La señora Portien los leyó con rapidez. Ya desesperaba de encontrar algo que la interesase cuando vió un pliego sellado con cera encarnada. Lo cogió no dudando que allí estaba su ruina ó su fortuna.

Genoveva que en aquella noche no dormía pero que, á no dudarlo, no pensaba en el testamento, había seguido con curiosidad á su prima. Lo vió y lo observó todo puesto que le fué posible ocultarse tras las cortinas del gabinete de tocador. Quedóse sorprendida al ver la estraña espresion de aquella mujer dominada por una idea maldita; pero se quedó aun mas sorprendida cuando la señora Portien, despues de haber leído el pliego sellado, miró en torno suyo y lo quemó en la bugía. La señorita de la Chastaigneraye huyó asustada y fué á ocultarse, bien como si se sintiese manchada por el contacto de aquel miembro de su familia. La señora Portien había quemado un testamento que la desheredaba, mas era un testamento antiguo.

Este sacrificio no había impedido el desheredamiento de aquella mujer horrible.

Ya se comprenderán las ideas de sordo furor y de sorda venganza con que la señora Portien se alejó del castillo de Champauvert.

No dudaba de que Genoveva sería muy pronto la duquesa de Parisis. Se veía no tan solo sin fortuna sino desterrada de la familia. Al ver que se desvanecían sus últimas esperanzas se puso furiosa; no repre-

sentaría el papel que deseaba representar en París; los aldeanos, entre los cuales vivía, se burlarían de ella; no veía en su camino mas que defecciones; había sembrado el mal y no recogería mas que el mal.

Todas estas ideas agitaban su fantasía cuando Violeta, que comía á su lado en la fonda de Tonnerre le dirigió esta pregunta: *Elcastillo de Parisis se halla muy lejos de Tonnerre?*

La señora Portien examinó á Violeta como si cayera bajo su mano y por un azar providencial—los tunos y las tunas mezclan siempre la providencia en todo—como si cayera bajo su mano un instrumento de venganza. La señora Portien adivinó enseguida que Violeta era una querida de Octavio.

Los amantes gustan siempre de conversar cuando se les habla al corazón. Violeta no vió en la señora Portien mas que una mujer curiosa, toda vez que aquella no dejaba ver jamás sus baterías.

—Es decir, que amais mucho á ese pillastre? dijo la señora Portien.

—Sí: ha constituido mi dicha y mi desgracia, respondió con ingenuidad Violeta. Pero que quereis! esto no debe matar puesto que aun no he muerto. Se dice que nos consolamos porque la vida es un dolor perpetuo. Consolarse es sufrir siempre: yo me consolaré pensando en la dicha de Octavio.

—Veo que no sois valiente, exclamó la señora Portien que fué mas léjos de lo que quería. No sois aficionada á las batallas de damas; no que-

reis luchar contra la señorita de la Chastaigne-raye:

—Nó: quiero que el Sr. de Parisis sea feliz.

—Quién os dice que será feliz? Genoveva es una mujer estraña que hará la desgracia del duque.

—La conoceis?

—Algo; pero es tan singular que ni siquiera se conoce á sí propia: Ah! si yo fuera como vos jóven y hermosa, no permitiría que mi amante se escapase! Es muy cobarde esto de rendir las armas antes de combate.

En aquel momento una chica de la fonda trajo un magnífico ramillete de rosas que acababa de coger en el jardín vecino. Las rosas de Tonnerre tienen tanta fama como las rosas de Provins.

La chica de la fonda presentó el ramillete á la señora Portien.

—No, dijo esta, temiendo que habria de dar cien sueldos á la niña, ofrecedlo á esta señorita.

La chica se volvió hácia Violeta que la dió un luis.

—Ah! que hermosas flores! dijo Violeta.

Y las olió y contempló á un mismo tiempo.

De pronto se le ocurrió una idea que hizo latir su corazón.

—Señora, dijo volviéndose hácia la señora Portien, sabeis cual será la última frase de mi amor por el señor de Parisis? será este ramillete.

—No os comprendo.

—Voy á mandárselo rogándole que lo ofrezca á la

señorita de la Chastaigneraye. Será mi regalo de boda y nunca oírás hablar de mí.

—Nunca?

—Nunca! nunca! nunca!

También á la señora Portien se le ocurrió otra idea que hizo latir su corazón.

Esta idea era de venganza.

—Y bien, señorita, dijo, dad entonces el ramillete á este pilluelo que toca el violín: dentro dos horas lo habrá entregado al duque de Parisis.

—Gracias, señora.

Violeta escribió este billete á Octavio:

«Amigo mio: volví para veros, pero lo sé todo.

»Adios; no nos veremos mas.

»Guardad de mí un buen recuerdo, como lo guardaré yo de vos.

»Hemos muerto el uno para el otro: no profanemos jamás nuestras tumbas.

»VIOLETA»

La señora Portien habia llamado entre tanto al pilluelo y le dijo:

—Vas á llevar este ramillete al castillo de Champauvert, donde te encontré ayer. Serás bien pagado; pero debes partir enseguida.

Violeta pidió papel blanco para envolver el ramillete. Despues de haberlo besado por última vez ató su tallo con un lazo encarnado que cogió de su cabellera.

—Quería tanto mis cabellos! dijo la jóven ahogando un suspiro.

Advirtiósse á los viajeros que el tren de Paris iba á salir. Violeta creyó que lo mejor que podia hacer era retroceder en su camino. Se arregló el sombrero, estrechó afectuosamente la seca y arrugada mano de la señora Portien, dió otro luis á su pequeño y haraposo embajador, y subió al ómnibus que conducia al camino de hierro. Llegó aquel ramillete á las blancas manos de Genoveva?

IV.

UN ALMA EN PENA.

El tren escapó á Violeta. Volvió á Tonnerre y entró en la fonda preguntándose lo que iba á hacer hasta que pasase el tren de la noche.

—Si pudiese ver á Octavio! se preguntó.

El silencio y el fastidio de provincias echan á los enamorados de Paris muy léjos en la pasion por que se hallan entregados á sí propios.

Violeta preguntó si habia buenos caballos en la fonda, y le contestaron que se podia arreglar una calesa con el mejor tronco del departamento.

Habló de Champauvert y la dijeron que en menos de dos horas podia ir allí.

Era demasiado tarde.

Pero como la idea de ver por última vez á Octavio se habia apoderado de ella por completo, la jóven resolvió ir á Champauvert al dia siguiente.

Cuando Octavio se levantó el domingo por la mañana, cómo no vió á Violeta que rondaba por el campo con los ojos fijos en el parque?

En cuanto á ella, le vió como fumaba en el vesti-

buló. En qué pensaba? Parecia soñar. La jóven se preguntó si su recuerdo ocupaba en aquel momento su fantasía. La jóven sentia el deseo de saltar la cerca y correr hácia él y echarse en sus brazos.

—Es posible! se decia; es posible que él sea él y que yo sea yo? en menos de medio minuto yo podria abrazarle y sin embargo, héme aquí clavada... Pero aquella señorita jóven vendria, y no quiero verla.

Octavio bajó al parque. Violeta dió unos pasos hácia la cerca. Si él se hubiese acercado mas, la jóven hubiese gritado:—*Soy yo, Octavio!*

Cuando él volvió la cabeza, Violeta creyó que la habia visto, pero Octavio se perdió entre los naranjos.

Si Violeta se hubiese encontrado frente al castillo de Parisis, hubiese franqueado la cerca; pero se hallaba frente al castillo de la señorita de la Chastaigneraye y no se atrevió á tanto.

—Nó, se dijo: aquí no estoy ni en mi casa ni en la suya.

Comprendió que cuanto mas se acercaba á Octavio mas léjos estaba de su amante.

Resolvió volver á su coche que la esperaba á alguna distancia de la aldea. La jóven habia llegado hasta el parque andando por sendas estraviadas; al volverse se sintió mas valiente y quiso entrar en la iglesia. Entonces fué cuando vió á Parisis y á la señorita de la Chastaigneraye, seguidos de la señorita de Moncenac y de la señora Brígida, que iban todos á misa.

Violeta se hallaba oculta por el ramaje de los árboles que adornaban la plaza; mas observó perfectamente la amorosa espresion de Genoveva y de Octavio.

—Ya que son felices, dijo con tristeza, me marchó.

En aquel instante no quedó poco sorprendida al ver cruzar las jóvenes aldeanas que preparaban una ovacion á la señorita de la Chastaigneraye á su salida de la iglesia. Se hizo el ensayo debajo de los árboles. Aquello era una verdadera comedia. Cuando se hubo alejado un poco, Violeta comprendió de que se trataba. Pero quedó aun mas sorprendida cuando se trajo del castillo su ramillete colocado sobre un cesto de flores que se debia ofrecer á la *castellana*, segun la antigua y solemne costumbre.

La jóven lo conoció por su lazo encarnado.

Por qué el ramillete que el sábado por la noche debia llegar á Champauvert, no habia llegado hasta el domingo por la mañana?

Todas las doncellas menos una entraron en el templo. La que quedó bajo los árboles debia velar el cesto y las coronas de margaritas con que las jóvenes habian de adornarse al formar el cortejo de Genoveva.

Violeta no temia ya el ser vista por Octavio.

Qué le importaba la demás gente? Por otra parte, su dolor la cegaba. Iba á acercarse á la aldeana, cuando ésta, que la habia visto y que creia que era una señora recién llegada al castillo, abandonó sus flores para correr á casa de una vecina.

Violeta se acercó mas al cesto.

—Y bien, dijo, hé aquí un ramillete cuya direccion no está equivocada.

Y entreabrió el papel que lo envolvia.

—Estas rosas se hallan tan frescas como ayer.

Cogió el ramillete con un sentimiento de celos y cogió su carta dirigida á Octavio.

—A qué viene esta carta? se dijo; si he querido dar mi ramillete á la nóvia, por qué he de recordar mi nombre á Octavio?

Metió la carta en su bolsillo y se dirigió hácia Tonnerre.

Cinco minutos despues, al coger su pomito de esencias para tomar fuerzas, la carta cayó de su bolsillo y se perdió sin que la jóven lo advirtiese.

Por la tarde comia en la fonda del Leon de oro. El príncipe*** se sentó en la mesa y la dijo:

—Cuan risueña estais, señora!

V.

LOS CINCO MILLONES.

Necesitáronse algunos días para que la señorita de la Chastaigneraye volviese á cobrar sus fuerzas.

Luego que pudo andar por sí sola, trató de recompensar á las aldeanas que formaban su cortejo del domingo.

Cada una de estas chicas, comprendiéndose entre ellas la que le habia presentado el ramillete, recibió dos mil quinientos francos en oro de manos de Geneveva. Correspondieron á esta fineza con bendiciones y lágrimas. Dios ha colocado la alegría tan cerca de las lágrimas, que la alegría, si es hija del corazón, llora siempre.

Habian pasado ocho días; la señorita Regina de Parisis no pertenecía ya á este mundo. Un acontecimiento hace sombra á otro acontecimiento. Las honras fúnebres de la jóven Rosa Dumont colocaron en segundo término las de la vieja castellana de Champauvert. El señor de Parisis y la señorita de la Chastaigneraye hablaban aun de su tia; pero hablaban aun mas del misterioso ramillete.

El procurador imperial que habia recibido una carta del médico y que no desconocia los rumores públicos, habia ido allí para comenzar un proceso; pero Octavio y Geneveva le habian suplicado que lo echase todo en olvido. Tanto temian que su nombre figurara en un proceso. Segun la señorita de la Chastaigneraye el ramillete no estaba envenenado. Aquel día era tempestuoso y no habia sentido mas que un desmayo. Verdad es que Rosa Dumont habia muerto despues de haber respirado aquellas flores; pero esta jóven sufría fuertes ataques, la sangre le atormentaba, dormía siempre y era enfermiza por mas que estuviese colorada. Octavio apoyó las declaraciones de su prima: era una piadosa mentira que podia salvar un culpable que quizá no tenia la conciencia de aquel crimen, y cuya mentira debia perdonarles muchas incomodidades. Esto sin contar en que el jóven habia formado ya su opinion sobre el verdadero origen del delito, y que no deseaba que la luz se hiciera sobre el mismo.

El fiscal pareció resuelto á no seguir el proceso, por mas que hubiese dado ya sus órdenes.

Entre tanto Octavio debia partir el domingo por la mañana: sus caballos enganchados ya en el carruaje le aguardaban impacientes. Al despertarse habia tomado chocolate y pensaba almorzar en Parisis; mas eran ya las doce de la mañana y se quedó con mucho gusto á almorzar en Champauvert, por una simple invitacion de Geneveva.

—No es esto todo, primo mio, le dijo ésta: hoy comeréis aun conmigo, y al llegar la noche podreis marcharos á la luz de la luna.

Octavio se dirigió con rapidez esta pregunta:

—Por qué Genoveva desea que coma con ella, y por qué quiere que emprenda mi marcha al resplandor de la luna?

Y se respondió:

—Quizá porque piensa que me fastidio.

Pero los celos y la inquietud habian entrado en su alma. El resplandor de la luna le habia recordado sus visiones debajo de los árboles del parque; es decir, el hombre negro y la mujer blanca que creyó ver en la primera noche de su estancia en Champauvert.

—Y bien, mi querida Genoveva, quiero probaros que os quiero mucho, dijo: no marcharé á Parisis hasta mañana.

Fuéle imposible á Octavio el leer con claridad el efecto que estas frases produjeron en el rostro de su prima.

—Estudad las mujeres, dijo para sí el jóven, por espacio de diez años: sed Don Juan y Larocheffoucauld para encontraros de pronto frente de geroglíficos cual este.

Se estaba en los postres y se probaban las mas hermosas frutas del mundo: melocotones que tentaban á los golosos, uvas que daban sed á todos los lábios.

—Señoras mias, dijo Genoveva dirigiéndose á la

señora Brígida y á la señorita de Moncenac, quizá pensareis que, á consecuencia del testamento que se leyó hace ocho dias, estas son frutas de mi jardin. Pues bien, os engañais: estas son frutas del jardin del señor Octavio de Parisis, pues existe otro testamento.

—Esto es una broma! dijo Octavio.

Y volviéndose hácia Genoveva, añadió:

—Si volveis á hablar de esto, prima mia, yo pediré mis caballos.

Nunca se habia disputado mejor sobre quien no era dueño de cinco millones.